

MAX HASTINGS



LA CRISIS DE LOS MISILES DE CUBA 1962



CRÍTICA

MAX HASTINGS

LA CRISIS DE LOS
MISILES DE CUBA 1962

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2023

La crisis de los misiles de Cuba 1962
Max Hastings

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Abyss. The Cuban Missile Crisis 1962*

© Max Hastings, 2022

© de la traducción, Luis Noriega, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-533-3
Depósito legal: B. 6864-2023
2023. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.



Cuba libre

I. LA COLONIA ESTADOUNIDENSE

Era calurosa. Con frecuencia húmeda. Verde y exuberante hasta extremos fabulosos. A los cubanos, un pueblo sumamente orgulloso, les gusta recordar a los extranjeros, y en especial a los estadounidenses, que cuando Cristóbal Colón «descubrió el Nuevo Mundo» en 1492, no puso un pie en el Estados Unidos continental, sino que exploró las Bahamas y Cuba. A partir de entonces, y durante más de trescientos años, la isla se convirtió, gracias a una privilegiada ubicación geográfica entre el Caribe y la corriente del Golfo, en un puerto importantísimo por el que pasaban casi todos los barcos que conectaban el continente europeo y las posesiones americanas del imperio español. A finales del siglo XVIII, el ruso Fiódor Karzhavin, un apasionado defensor de la independencia estadounidense, recorrió la isla, entonces bajo soberanía española, y escribió acerca de sus pobladores: «Su conducta refleja ensoñación y melancolía. Su extrema pereza hace que resulte casi imposible convencerlos de que presten algún servicio a un europeo. Es increíblemente peligroso insultarlos de cualquier manera, pues tienen una capacidad ilimitada para cobrarse venganza». El comercio de esclavos no se abolió hasta 1886. En 1895, mientras el país luchaba por la independencia, el joven teniente Winston Churchill visitó La Habana durante unas semanas para hacer turismo de guerra: «Me sentí como si hubiera navegado con el capitán Silver y contemplado la isla del tesoro», escribió más tarde. «Cuba es ... encantadora ... Los españoles acertaron al llamarla “la perla de las Anti-

llas". Se trata de un lugar en el que cualquier cosa puede pasar.»¹ En el siglo xx Nicolás Guillén, el poeta nacional cubano, describió su tierra natal como «un largo lagarto verde, / con ojos de piedra y agua».

El pueblo estadounidense abraza el mito de que, a diferencia de las viejas potencias europeas, su país nunca ha sido imperialista. Lo cierto, por supuesto, es que su imperio comenzó en su propio continente, donde con una crueldad que habría impresionado a los conquistadores españoles acabaron casi por completo con la población nativa. Estados Unidos gobernó Filipinas a lo largo de más de medio siglo y dominó América Latina durante mucho más tiempo. «Estas islas», escribió John Quincy Adams en 1823 a propósito de las Antillas, «son apéndices naturales del continente norteamericano, y una de ellas, casi a la vista de nuestras costas, se ha convertido en un objeto de trascendental importancia para los intereses comerciales y políticos de nuestra Unión». Esa isla, un territorio un poco más pequeño que Pensilvania, proporcionó a Theodore Roosevelt el escenario que le granjeó una de las reputaciones militares forjadas con más rapidez de la historia el 1 de julio de 1898, cuando en la batalla de las lomas de San Juan lideró a los Rough Riders (los «jinetes duros», un regimiento de caballería formado por voluntarios) contra las fuerzas españolas. A finales de ese mismo año, Cuba consiguió independizarse por completo de España, aunque no de Estados Unidos. En su magistral historia de la política exterior de Estados Unidos, Robert Kagan ha escrito que la guerra hispano-estadounidense fue un acontecimiento decisivo en la creación de la imagen que el país moderno tiene de sí mismo «como la vanguardia de la civilización que marca el rumbo contra las naciones y los imperios atrasados y bárbaros» del pasado.²

A los yanquis del siglo xx les encantaba Cuba, la preferían a toda la parte sur del continente americano, si bien deploraban la tendencia de su gente a desafiar, cuando no estaba bailando, la interpretación de Washington de lo que más le convenía. La Habana es el lugar al que Sky Masterson lleva a la hermana Sarah para seducirla en *Ellos y ellas*. Fulgencio Batista, el dictador de la nación en la década de 1950, vendió las licencias de juego a la mafia estadounidense a cambio de que cada mes se le enviara a su despacho una maleta de dinero en efectivo de tales dimensiones que hoy pagaría exceso de equipaje en cualquier aerolínea. En una ocasión, el *Steve Allen Plymouth Show* de la cadena NBC se transmitió en vivo desde el Riviera, con el famoso presentador exhibien-

do el vínculo del hotel con un célebre miembro del crimen organizado: «Aquí estamos en La Habana, hogar de la piña y de Meyer Lansky». Por su parte, el escritor británico William Somerset Maugham la encontró «sencillamente igual a Atlantic City». Cuba fue también la residencia predilecta de Ernest Hemingway, un fanfarrón bigotudo, esposo serial y ganador del premio Nobel de Literatura, que escribió novelas sobre tauromaquia, guerreros condenados y pescadores condenados y gozaba de una enorme admiración incluso entre los comunistas rusos. Graham Greene, otro escritor que pasó por la Cuba de la década de 1950, tituló *Nuestro hombre en La Habana* (1958) una de las mejores novelas satíricas jamás escritas sobre el mundo del espionaje.

Si vivías en Sioux Falls, Dakota del Sur, o incluso en Tarrytown, Nueva York, la isla encarnaba un exotismo que era difícil de encontrar en tu vecindario y, además, era un gran lugar para hacer cosas que no te gustaría que te sorprendieran haciendo en casa. Los estadounidenses ligaron su obsequio de la independencia a un apéndice legislativo conocido como la Enmienda Platt, que otorgaba a Washington licencia para ejercer la autoridad en Cuba siempre que sus propios intereses estuvieran en juego: «Que el Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercitar el derecho de intervenir ... Que todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba, durante su ocupación militar, sean tenidos por válidos y ratificados». En 1934, la Enmienda Platt sería reemplazada por un nuevo Tratado de Relaciones bilateral, pero la situación apenas cambió: mientras que Estados Unidos mantenía derechos de propietario, el gobierno de la nación era un mero arrendatario facultado para sacar provecho de los casinos y las concesiones eléctricas. Los campesinos cubanos, entre tanto, siguieron yendo descalzos. Ya en 1898, ningún guerrillero local había sido invitado a las celebraciones de la victoria estadounidense en La Habana. Teddy Roosevelt quizá hubiera oído hablar de José Martí, el poeta y político muerto durante el levantamiento de 1895, el mártir de la lucha por la independencia del que más orgullosos estaban los cubanos, pero es seguro que muy pocos de sus compatriotas lo habían hecho.

El revolucionario más famoso de la isla (o, según el punto de vista, el más infame) era un descendiente espiritual de esos insurgentes cubanos. El Año Nuevo de 1959 fue testigo del triunfo de una superestrella guerrillera cuando sus seguidores —«los barbudos»— irrumpieron en La Habana tras la abrupta huida del presidente Batista. La presentación de

Fidel Castro al público estadounidense corrió a cargo del promotor más talentoso de la televisión. El 11 de enero, como cada semana, cincuenta millones de espectadores sintonizaron sus televisores para ver *The Ed Sullivan Show*. Ese día, el hombre que había vendido a Elvis a la clase media estadounidense, y que pronto haría lo mismo con los Beatles, les presentó a su nuevo vecino caribeño.³

Sullivan comenzó el programa contando a los televidentes que estaban a punto de conocer a «un maravilloso grupo de jóvenes revolucionarios». Castro, que entonces tenía treinta y dos años, habló en inglés e hizo hincapié en su catolicismo y su afición por el béisbol. Después de abrazar al precoz líder cubano, Sullivan se dirigió a su audiencia: «Este es un joven excelente, un joven muy inteligente, y con la ayuda de Dios y nuestras oraciones, y con la ayuda del gobierno estadounidense, conseguirá [para Cuba] la clase de democracia que toda América debería tener». En su entusiasmo por Castro, el presentador estaba lejos de encontrarse solo. Decenas de periodistas y estrellas, desde Ed Murrow hasta Errol Flynn, actuaron de forma similar. La isla se llenó de turistas estadounidenses deseosos de conocer la Revolución por sí mismos.

Luego, de repente, el hechizo se rompió. En cuestión de meses, la administración Eisenhower y la mayoría del pueblo estadounidense resolvieron que el revolucionario fumador de puros era un enemigo público. Aferrándose a un hábito que se había tornado adictivo, Washington pretendió arrogarse el derecho de decidir quién y cómo debía dirigir Cuba y resolvió, animado por la nacionalización de una serie de empresas estadounidenses, que no podía ser Fidel Castro. A partir de entonces, y en grado considerable hasta bien entrado el siglo XXI, la destitución o asesinato del líder de uno de los países menos poderosos del mundo se convirtió en uno de los principales objetivos de la política estadounidense. Y casi nadie en Washington consideró que hubiera nada de irracional o insolente en llegar a semejante conclusión y pretender obrar de acuerdo con ella.

La causa fundamental del distanciamiento irreversible entre Castro y el pueblo estadounidense en 1960 fue que los monstruosos excesos cometidos por Batista con el auspicio de Estados Unidos favorecieron que la revolución buscara de forma sistemática borrar todo lo relacionado con el antiguo régimen, incluida la floreciente clase media del país. En la

década anterior, Cuba había registrado el tercer ingreso per cápita más alto de América Latina. En 1958 ocupaba el quinto lugar en producción manufacturera y el primero en distribución per cápita de automóviles y radios. Y tampoco se quedaba atrás en educación, alfabetización y servicios sociales. No obstante, existían enormes disparidades en la distribución de la riqueza entre blancos y negros, así como entre la ciudad y el campo. Según un informe del Banco Mundial, entre el 30 y el 40 % de los niños de la isla sufrían desnutrición, cifras que en las zonas rurales podían alcanzar el 60 %. Nacida en 1930, Conchita Alfonso era hija de inmigrantes españoles que trabajaban en La Habana para los famosos grandes almacenes El Encanto. La mayor parte del personal vivía en los dormitorios de las plantas superiores, y su padre se había visto obligado a pedir el consentimiento del propietario español de la empresa para casarse.

La abrumadora mayoría de las ganancias del país se exportaba a inversionistas de Estados Unidos o se concentraba en las clases alta y media cubanas. Las exportaciones de azúcar, frutas y cigarros arrojaban cuantiosos beneficios, la mayor parte de los cuales iban a parar a las compañías estadounidenses que controlaban las empresas de servicios públicos y la telefonía del país, las refinerías de petróleo y las fábricas de azúcar, entre muchas otras cosas. Los extranjeros poseían el 70 % de la tierra cultivable de la isla. Muchos cubanos culpaban de sus problemas a los yanquis, que eran los que decidían casi todo lo que sucedía en La Habana. «Tenemos la responsabilidad de mantener el orden en el hemisferio», dijo sin disculparse Adolf Berle, subsecretario de Estado de 1938 a 1944, uno de los especialistas en América Latina más veteranos de Washington.⁴

Juan Melo, nacido en 1941 en una familia campesina, creció en una casa con el habitual techo de hojas de palma, pero que podía presumir del refinamiento de un piso de cemento; sus padres, además, eran lo bastante afortunados para tener un aparato de radio, que los vecinos venían a escuchar todas las noches. La moralidad era muy importante para esta gente harapienta. Durante su infancia en Calimete, el pequeño Máximo Gómez tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencer a sus padres de que lo dejaran ir a ver las películas mexicanas protagonizadas por sus estrellas favoritas —actrices como Ana Luisa Peluffo, Mapita Cortés, Christiane Martel—, pues el cine local estaba al lado del prostíbulo. La gran mayoría de los cubanos cocinaban con leña o carbón.

Melo, que tuvo la suerte de poder educarse, abrazó en la adolescencia la literatura y la doctrina marxistas y rechazó como propaganda anticomunista tanto los tebeos infantiles de superhéroes como el *Reader's Digest*. Odiaba al gobernante de Cuba.

Fulgencio Batista había empezado a tener una influencia significativa en el destino de Cuba con el golpe de Estado de 1933, la conocida como «revuelta de los sargentos». El militar alcanzó luego la presidencia en 1940 y la abandonó cuatro años más tarde tras perder las elecciones, momento en el que se retiró a un cómodo y seguro exilio en Florida. Regresó al poder ocho años después mediante un nuevo golpe de Estado, para el que no tuvo oposición, y convirtió su segunda presidencia en uno de los negocios más lucrativos de América Latina: solo sus tratos con Meyer Lansky le reportaban 1.250.000 dólares mensuales. Entre tanto, sus escuadrones de la muerte recorrían el país asesinando cada año a cientos de enemigos del régimen reales o supuestos. La corrupción se institucionalizó. Los privilegiados se jactaban de tener una «botella», a saber, un cargo en el gobierno por el que cobraban, pero no trabajaban. Estados Unidos brindó al régimen un apoyo casi incondicional, ayuda militar incluida. En el extremo oriental de la isla se encontraba la base naval de la bahía de Guantánamo, 117 kilómetros cuadrados de tierra y agua cubanas que Estados Unidos dice tener en arriendo, pero que en la práctica se ha anexionado. Esto no es menos imperialista que las «bases soberanas» del Reino Unido en Chipre; los enclaves españoles en Marruecos; o Kaliningrado, en el Báltico, anexionada a la Unión Soviética por Stalin en 1945 y en la actualidad parte de la Federación Rusa. En el perímetro alambrado de Guantánamo había una puerta estadounidense, vigilada por marines estadounidenses, y, al otro lado, una puerta cubana, custodiada por soldados del régimen.

Los cubanos blancos más distinguidos y ricos de la capital enviaban a sus hijos a una escuela estadounidense local, la Academia Ruston. Uno de sus alumnos fue Manuel Yepe, nacido en 1936, cuyos padres dirigían una exitosa empresa turística (los clientes eran estadounidenses en su abrumadora mayoría): «Cuando terminabas en Ruston, sabías más de Estados Unidos que de Cuba». ⁵ La academia cobraba a sus estudiantes una mensualidad de 75 pesos; las escuelas municipales, en cambio, cobraban solo dos pesos. Sin embargo, el precio se justificaba por las conexiones que podían hacerse, sobre todo con la familia Batista, cuyos hijos estudiaban allí. Otra exalumna, Marta Núñez, observa con cierta mali-

cia que «ahí era donde toda las *bitonguitas* [burguesas] mandaban a sus hijos». ⁶

Pese a sus orígenes privilegiados, Yepe, como muchos otros miembros de su generación, se unió al movimiento revolucionario tras ingresar en la Universidad de La Habana, donde se empapó de literatura idealista. Sesenta años después todavía podía con orgullo citar de memoria un pasaje del filósofo socialista José Ingenieros, que había aprendido en su época de estudiante: «Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala; si la dejas apagar no se reenciende jamás. Y si ella muere en ti, quedas inerte: fría bazofia humana». Yepe comenta: «En esos días, esto era para nosotros un catecismo. Nos unía la convicción de que Batista tenía que irse».

La mayoría de los siete millones de habitantes que entonces tenía Cuba odiaban al presidente y sus patrocinadores extranjeros. Con todo, antes de convertirse en una figura de fama mundial pese a representar a un Estado sin importancia, el hombre que lo derrocó creció como un privilegiado. Fidel era hijo de Ángel Castro, un inmigrante gallego de origen humilde que había conseguido hacerse rico en la isla, donde tenía una gran plantación de caña de azúcar, y de una sirvienta que le dio siete hijos antes de que él se casara con ella en segundas nupcias. Nacido en 1926, el niño era el único alumno de su escuela primaria que podía presumir de tener zapatos. Grande, fuerte, brillante, rebelde, obstinado y propenso a los berrinches, su padre le envió luego a un elegante internado jesuita en Santiago, donde lo apodaron «el Loco» por sus disparates, entre los que destacó lanzarse a toda velocidad en bicicleta contra un muro para ganar una apuesta, lo que le valió una conmoción cerebral.

Le encantaba el campo, en especial la montaña, y era un buen jinete. Además, se le daban bien las armas. Un amigo de juventud, el estadounidense Jack Skelly, cuenta que se encontraba un día nadando en la playa, en un club cerca de Guantánamo, cuando oyó los repetidos chasquidos de un arma de fuego y vio pequeñas ondas formándose a su alrededor. Tras dar media vuelta con rapidez para mirar a la orilla, descubrió a Fidel sentado en el porche de una casa con un cigarro en la boca y una carabina calibre .22 en la mano: «¡Te la voy a pelar, americano!», le gritó entre risas. ⁷ Semejante broma solo podía salir bien en un lugar salvaje entre jó-

venes asilvestrados. Obstinado y decidido, Fidel era, como muchos hombres muy altos (medía más de metro noventa), algo descoordinado. Como estudiante, era perezoso, pero poseía una memoria fotográfica. Sociable y dominante por naturaleza, sentía curiosidad por todo, si bien prefería la acción a la reflexión; tenía vocación de líder.

Desde una edad temprana, se mostró convencido de la grandeza que le aguardaba en el futuro; podía pasar horas haciendo ejercicios de oratoria frente al espejo y se entusiasmaba por las leyendas de Alejandro Magno y Julio César. A los trece años, intentó organizar una huelga entre los trabajadores de su padre para que exigieran mejoras salariales. Pese a ello, apenas unos años después el indulgente Ángel le obsequiaría un automóvil Chevrolet (un símbolo de riqueza incalculable en la sociedad cubana) y accedería a que el adolescente obsesivo, desenvuelto y locuaz (no paraba de hablar) estudiara Derecho en la Universidad de La Habana. Una vez matriculado, Fidel desatendió las clases en favor de la política radical. Como líder estudiantil, viajó bastante por Suramérica haciendo proselitismo contra el imperialismo estadounidense. Una de sus virtudes era que trataba a todas las personas por igual, sin importar si eran príncipes o mendigos. Sin embargo, al igual que muchos revolucionarios, desarrolló una reverencia exagerada por un campesinado idealizado, acompañada de un desdén por la burguesía de la que él mismo provenía.

En 1949, a los veintitrés años, terminó la carrera de Derecho y se casó con una compañera de la universidad, Mirta Francisca de la Caridad, hija de una prominente familia de la isla. Fidel se jactaba de haber asistido a la ceremonia eclesiástica armado con una pistola, en caso de que la policía secreta de Batista fuera a por él. Sea o no cierta, la anécdota refleja su afición a teatralizar su propia biografía. El regalo de bodas del condescendiente padre del novio fue la suma de diez mil pesos cubanos, el equivalente a cien mil dólares en la actualidad. La pareja gastó la mayor parte de ese dinero en una prolongada luna de miel en Estados Unidos, que incluyó un idilio de tres meses en Nueva York y abundantes paseos a bordo de un deslumbrante descapotable Lincoln. La ciudad le encantó a Fidel, sin aplacar la indignación que le provocaban la segregación racial sureña y el modo en que los yanquis trataban a su país.

Si bien responsabilizar a Estados Unidos de todos los males de Cuba, como hacían Castro y muchos de sus compatriotas, era exagerado (pocas islas del Caribe estaban en mejor situación), es indiscutible que las cor-

poraciones estadounidenses controlaban las principales industrias de la isla. Si en La Habana gobernaban brutos e incompetentes, lo hacían con el beneplácito de Washington. Si los mafiosos controlaban los casinos, eso solo era posible con la aquiescencia del gobierno estadounidense. «El pueblo y yo somos los dictadores», anunció un triunfal Batista cuando regresó al poder en marzo de 1952. Washington reconoció de inmediato el nuevo régimen, al que se ofrecieron armas e instructores militares especializados en contrainsurgencia.

En esa época, cuando el senador por Wisconsin Joseph McCarthy era uno de los peces gordos del Capitolio, desde donde dirigía de forma obsesiva su cruzada anticomunista, la preocupación general del gobierno de Estados Unidos era combatir la peste vírica de la revolución, en particular en Latinoamérica. El presidente entrante, Eisenhower, prometió apoyar a todos los regímenes que contribuyeran a ese objetivo, con lo que quienes se oponían a los dictadores anticomunistas del continente pasaron a convertirse también en enemigos de Estados Unidos. Batista, cuyo nombre era sinónimo de corrupción y crueldad, se entregó sin vergüenza a una vida de lujo mientras sus escuadrones de la muerte recorrían las calles persiguiendo a los opositores. Se relajaba jugando a la canasta y viendo películas de terror en el cine que tenía en su mansión a las afueras de La Habana, consciente de que gozaba de la protección del único padrino que importaba, el embajador de Estados Unidos, con el que con frecuencia jugaba a las cartas.

Entre tanto, el estilo de vida de Fidel se caracterizaba por una irresponsabilidad casi descarada. Como abogado, buscó proporcionar a los pobres asistencia legal, pero desatendió por completo sus obligaciones con Mirta y el niño hijo de ambos, que pasaron a depender del apoyo económico de sus familiares para no caer en la miseria. Castro y sus amigos se convirtieron en un grupo muy unido. Vivían en una atmósfera no muy diferente de la de los radicales de la costa oeste de Estados Unidos a fines de la década de 1960. Hijos de la clase privilegiada en su mayoría, alimentaban fantasías de violencia y revolución cautivados por la personalidad de Fidel, el líder indiscutible de «el Movimiento». Hay cierto consenso entre los contemporáneos de Castro en que por esa época su interés por la ideología, marxista o de otro tipo, era nulo: su única preocupación era derrocar a Batista y hacerse con el poder.

El 26 de julio de 1953 Fidel, su hermano menor Raúl y 160 de sus amigos y compañeros en el Movimiento intentaron asaltar el Cuartel

Moncada en Santiago de Cuba, una importante fortaleza militar, sede de un regimiento con un millar de efectivos. Era la última noche del carnaval que todos los años se celebra en la ciudad: los rebeldes preveían que en el momento del ataque los soldados estarían durmiendo la mona. Estaban equivocados. Tan pronto comenzaron los disparos alrededor de las puertas, las campanas de alarma sonaron en todo el cuartel. La mayoría de los asaltantes huyeron en medio de la confusión, algunos se refugiaron en un hospital cercano, donde no tardaron en ser identificados, capturados y fusilados por militares vengativos. Aunque solo ocho rebeldes murieron en el tiroteo inicial, el ejército de Batista ejecutó a 25 de los que se rindieron (solo cinco de los que se entregaron sobrevivieron). Fidel, por su parte, fue captado mientras dormía en una choza campesina junto a trece compañeros, incluido Raúl, nacido en 1931, un revolucionario tan apasionado y comprometido como su hermano, aunque 16 centímetros más bajo que él. Este grupo tuvo la suerte de caer en manos de un oficial compasivo, que evitó que sus hombres les dispararan sin más. Esposado en un camión del ejército, asombrado de estar aún con vida, Castro le preguntó al teniente al mando de la patrulla por qué no los habían matado. Pedro Manuel Sarría, un afrocubano de cincuenta y tres años, dijo: «Yo no soy de esa clase de hombres, muchacho». Se cuenta que Ángel, el padre de Castro, un personaje famoso por su carácter reservado, rompió a llorar cuando se enteró de que dos de sus hijos habían encabezado el asalto al Cuartel Moncada.

Fidel pasó más de dos meses en una celda de aislamiento antes de comparecer ante el tribunal encargado de sentenciarle en un juicio farsa celebrado en un hospital cerca del cuartel. El alegato de autodefensa que a lo largo de dos horas expuso en esa ocasión se convertiría luego en un texto sagrado para los revolucionarios (Castro refinó considerablemente sus palabras entre su pronunciamiento original y su posterior publicación). El líder rebelde citó a Thomas Paine, a Jean-Jacques Rousseau y a Balzac para apoyar la tesis de que resistirse a la tiranía de Batista era un deber de todo cubano y concluyó de forma enérgica: «Condenadme, no importa. La historia me absolverá». Se le condenó a quince años de prisión, mientras afuera, en la calle, sus simpatizantes le vitoreaban.

El asalto al Cuartel Moncada había sido una chapuza, pero puso a Fidel en el mapa. La historiadora cubanoestadounidense Ada Ferrer ha escrito: «La mayoría de los cubanos no habían apoyado el ataque al cuartel, no sabían nada acerca de los atacantes y desconocían sus objetivos

específicos. Pero la respuesta del gobierno, que ya era muy impopular, fue tan desmedida y brutal que la simpatía de la opinión pública gravitó de inmediato hacia los jóvenes rebeldes». ⁸ En todo el mundo, Castro se convirtió en el rostro visible de la oposición a Batista, que no se atrevió a ejecutarlo. En su violencia y rapacidad, el régimen era un ejemplo típico de las dictaduras que Estados Unidos respaldaba (y que su propio pueblo y el resto del mundo solo podían ver con repugnancia y odio). No obstante, no fue lo bastante eficaz a la hora de suprimir la disidencia. Con todo, de no haber sido por la crueldad, la corrupción y la incompetencia de su gobierno, es posible que Batista hubiera conseguido perpetuarse en el poder gracias a la veloz mejoría que estaba experimentando entonces la economía de la isla.

En este contexto, Fidel Castro y sus colaboradores más cercanos —su hermano Raúl, Juan Almeida, Pedro Miret— supieron aprovechar el tiempo que estuvieron encarcelados para transformar su movimiento clandestino en una organización revolucionaria coherente. El 29 de diciembre de 1953, Fidel le escribe a Natalia Revuelta, una joven de la alta sociedad habanera que se había convertido en su devota seguidora: «Querida Naty: ¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida». ⁹

En la cárcel, las lecturas de Castro fueron abundantes y variadas, desde *La esposa imperfecta*, de Somerset Maugham, y *Los miserables*, de Victor Hugo, hasta *La historia de San Michele*, de Axel Munthe. Y aunque durante años insistiría en que no era comunista, es sabido que en prisión impartió un curso de economía política que incluía *El capital*, de Marx; en este período leyó asimismo *El estado y la revolución*, de Lenin. Batista respondió a la creciente fama internacional del líder revolucionario ordenando que se aislara al prisionero, pero las cartas de sus admiradores, en su mayoría mujeres, siguieron multiplicándose. Entre tanto, harta de estar casada con una celebridad revolucionaria, Mirta se trasladó a Nueva York con el niño nacido del matrimonio y solicitó el divorcio.

Batista ofreció a Fidel la libertad condicional si prometía renunciar a la rebelión armada, pero el líder revolucionario se negó a aceptar esa condición y el lance resultó beneficioso para él. El 6 de mayo de 1955, el dictador cedió a la presión popular y firmó una amnistía incondicional para los rebeldes. Castro y los demás «moncadistas» apenas habían pasa-

do una veintena de meses tras las rejas y salieron de prisión para encontrarse con una multitud de admiradores y periodistas, ante los que Fidel se presentó con el brazo en alto en señal de victoria. Anunció que a partir de entonces los disidentes serían conocidos como Movimiento Revolucionario 26 de Julio, o M-26-7 para abreviar. En Cuba, el número 26 quedó desde entonces asociado al castrismo.

Seis semanas después, México otorgó a Fidel el visado de turismo que le permitió salir de su tierra natal. Temía, probablemente con razón, que si permanecía en La Habana, los escuadrones de la muerte de Batista terminarían matándolo. El legado más llamativo de ese breve período de libertad en la capital cubana fue la concepción de una niña, Alina, con Naty Revuelta, que no tardó en abandonar la ficción de que la bebé era hija de su marido. Con Fidel libre y entregado de lleno a relanzar su campaña, la situación de Batista, cada vez más odiado por su pueblo, difícilmente podía ser peor. Castro quizá fuera un revolucionario torpe, pero no cabía duda de que como propagandista era genial y demostró una determinación que el dictador no estaba en condiciones de igualar.

Exiliado en Ciudad de México, Fidel tendría en los siguientes meses uno de los encuentros más influyentes de su vida. Fue en la capital mexicana donde conoció a un argentino de veintisiete años, médico por formación y marxista por vocación, llamado Ernesto Guevara —el Che, como lo apodaron los cubanos—, el hombre que junto a Fidel alcanzaría la inmortalidad. Tras coincidir por primera vez en una cena, los dos se trasladaron a una cafetería donde estuvieron conversando durante diez horas. El argentino unió su suerte a la de los indigentes jóvenes del M-26-7. El Che quería sumarse a una revolución, y la de Fidel era la más accesible que se le presentaba. Los dos jóvenes desarrollaron una profunda empatía que perduró tantos años como lo permitieron la megalomanía de Fidel y el compromiso inalienable del Che con el romanticismo de la lucha guerrillera. Castro continuaba recibiendo una pequeña asignación de su padre (y lo seguiría haciendo hasta la muerte de este en octubre de 1956), pero la fuente de fondos más útil e inmediata con la que contaba el grupo era una rica cubana llamada María Antonia González, que estaba casada con un luchador mexicano. Su gran apartamento se convirtió en el piso franco y punto de encuentro de los revolucionarios. El exhibicionista Fidel acogió al aventurero argentino lleno de sentimiento. Otros miembros del grupo refieren que los dos hombres tenían algo en común además de sus ideas políticas: eran, quizá, los únicos latinoamericanos que no sabían bailar.

El Che le preguntó a Hilda Gadea, su novia peruana, qué pensaba del plan que estaba incubando Fidel para la invasión de Cuba. La respuesta de esta enérgica ideóloga fue que se trataba de una locura, pero que debían apoyarla.¹⁰ Él la abrazó y le dijo que había decidido zarpar con los rebeldes, a los que ayudaría como médico. Cuando Washington le concedió a Fidel el visado estadounidense (un hecho de algún modo sorprendente), este organizó una gira para recaudar fondos que resultó muy exitosa. El líder del M-26-7 salió en primera plana tanto en la prensa cubana como en el *New York Times* al declarar: «En 1956, seremos libres o seremos mártires». El depuesto presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás, que vivía exiliado en Miami, le dio a Castro cincuenta mil dólares que este aceptó sin vacilar (para 1959, la contribución de Prío ascendía ya a 250.000 dólares, una suma que el principal beneficiario recompensaría con... nada).¹¹ El grupo se sintió lo bastante rico como para ofrecer a sus miembros una asignación para su sustento de ochenta centavos al día. Para la primavera de 1956, Fidel contaba con sesenta seguidores, a los que se comenzó a dar adiestramiento militar en un rancho en las afueras de la Ciudad de México. Para conseguir una buena condición física, el grupo practicaba senderismo. El Che, que padecía de asma crónica, sufría durante las largas marchas, pero persistió con obstinación. Era consciente de que pronto las estaría haciendo de verdad.

2. «GRANMA»

Ese verano la banda de Castro aumentó en número hasta los 120 efectivos. Un día, por casualidad, los revolucionarios se toparon en el puerto fluvial de Tuxpan con un yate de 19 metros de largo llamado *Granma* («abuela»). La embarcación había sido prácticamente abandonada y se encontraba en un estado ruinoso. El propietario, un dentista estadounidense jubilado, aceptó venderlo por veinte mil dólares, y dado el estado de la nave es probable que quedara encantado con el trato. Los cubanos iniciaron las reparaciones casi de inmediato. Estaban cada vez más ansiosos e impacientes, pues los mexicanos parecían haberse cansado de sus actividades subversivas y la policía se había incautado de varios alijos de armas pertenecientes al Movimiento. En esas semanas previas a la partida de los rebeldes, el mundo estaba preocupado por las dos crisis simultáneas que dominaban los titulares: la revolución húngara, que a

principios de noviembre las fuerzas soviéticas reprimieron con una brutalidad ejemplar, y la guerra del Sinaí, donde la invasión anglo-franco-israelí de la Península terminó con una humillante retirada debido a las presiones internacionales y, en particular, la insistencia de Estados Unidos.

El 24 de noviembre Fidel, sentado en un automóvil estacionado al lado del puerto, garabateó un testamento. Luego, en la oscuridad y en medio de un aguacero, descendió con sus hombres hasta el muelle. Las dimensiones y el estado del *Granma* no causaron una buena impresión a los miembros del grupo que esa noche veían la embarcación por primera vez. Uno, Universo Sánchez, dio por sentado que el yate simplemente era un medio para llegar a alta mar, donde tendría que estar esperándolos el transporte definitivo: «¿Cuándo llegaremos al barco de verdad?», preguntó. No obstante, trepó a la nave con los demás y ayudó a subir a bordo las armas y los pertrechos bajo la supervisión del Che, que llevaba un largo chubasquero negro para protegerse de la lluvia. Lo que vino a continuación fue el caos. Con apenas 82 hombres apretándose en el casco, Fidel tuvo que aceptar de mala gana que no había espacio para más, y a las dos de la madrugada el *Granma* zarpó rumbo a Cuba, dejando en el muelle a unos cincuenta revolucionarios frustrados. En la más completa oscuridad, sin encender las luces, la embarcación se dirigió a la ría despacio, para no llamar la atención de las autoridades; y cuando por fin llegó a mar abierto muchos de los pasajeros empezaron a desear que no lo hubiera hecho. Se estaba formando una tormenta y tenían por delante una travesía de dos mil kilómetros.

La siguiente semana fue infernal. «El barco entero», escribiría después el Che, «presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito». La mayoría nunca había navegado. Con mar gruesa, el viejo barco, originalmente propiedad de la armada estadounidense y diseñado para una tripulación de apenas doce personas, comenzó a hacer agua. Sin perder tiempo, los pasajeros, incluido Fidel, se armaron con cubos y empezaron a achicar. Dos días después, cuando la tormenta amainó, descubrieron que durante el pánico inicial habían arrojado por la borda gran parte de las provisiones. Al acercarse a Cuba, cada vez que veían un avión o un barco, los futuros revolucionarios desaparecían de cubierta y corrían a esconderse:

los mexicanos, de hecho, habían alertado a la policía de Batista de que el *Granma* se había hecho a la mar. Por otro lado, al no tener radio, los invasores no tenían forma de advertir a los expectantes grupos del M-26-7 que los esperaban en tierra de que llegaban con retraso.

El sábado 1 de diciembre, con los depósitos de agua potable vacíos y los hambrientos voluntarios al borde de la desesperación, Fidel anunció que el desembarco tendría lugar a la mañana siguiente. Se entregó a los hombres uniformes militares y botas nuevas (esto último un error garrafal). En un gesto simbólico, los aspirantes a guerrilleros lanzaron por la borda sus viejas ropas de civiles. A primera hora de la mañana siguiente, cuando la oscuridad empezaba a desvanecerse, el barco embistió un banco de arena a menos de sesenta metros de la costa. Con el alba, entre nubes de mosquitos, la desharrapada banda descendió del *Granma* y, con dificultad, se dio a la tarea de llevar las armas y pertrechos a través de los bajíos hasta tierra firme. Agotados y desolados tras la experiencia en el mar, vadearon los pantanos en la remota costa del sureste de Cuba, aferrados a sus fusiles y ataviados con brazaletes rojos y negros adornados con la abreviatura «M-26-7». Más tarde el Che Guevara declararía con franqueza: «No fue un desembarco, sino un naufragio». No obstante, el líder de la expedición no vaciló en dirigirse con palabras grandilocuentes al primer campesino con el que se toparon: «No tenga miedo. Yo soy Fidel Castro. Estos hombres y yo venimos a liberar a Cuba».

Los días que siguieron fueron una pesadilla para los jóvenes guerrilleros, la mayoría de los cuales se habían criado en entornos urbanos. No tenían experiencia alguna de la selva con sus ruidos extraños y sus insectos inmisericordes. El calor era sofocante; la vegetación, casi impenetrable. Treinta años antes, un ocurrente aventurero británico había escrito que su primera impresión de Suramérica fue que se trataba de «un continente con problemas de autocontrol». ¹² Aunque se refería a las junglas de Brasil, la frase se aplica muy bien a la naturaleza cubana, que combina una exuberancia desbordada con una implacable ausencia de comodidades. A la pobre dieta de los invasores (a través de los campesinos o en tiendas minúsculas obtenían yuca, arroz, frijoles y leche condensada en lata) pronto vino a sumarse la disentería, la maldición de las guerrillas.

La mañana del 5 de diciembre, las tropas de Batista, que habían estado siguiéndoles el rastro desde el desembarco, atacaron el campamento. En la lluvia de disparos, el Che recibió un impacto en el cuello. «¡Estoy jodido!», exclamó lacónicamente, convencido de que le aguardaba la

muerte, pero luego se dio cuenta de que solo había sufrido una herida superficial y salió disparado hacia la espesura. Por su parte, Fidel corrió a refugiarse en un cañaveral de varios metros de altura con un rifle de caza suizo con mira telescópica, un arma por la que sentía especial aprecio. De los 82 aspirantes a guerrilleros, tres murieron en el enfrentamiento y 17 resultaron heridos y fueron capturados. Los supervivientes se dispersaron en pequeños grupos para intentar escapar. La mayoría serían traicionados, capturados y ejecutados al cabo de pocos días. Batista anunció públicamente que los rebeldes habían sido aniquilados. La noticia llevó al *New York Times* a publicar un artículo titulado «Los cubanos violentos», en el que se deploraba el disparate de la invasión: «¿Es posible estar más loco?». Los titulares de la prensa en Cuba proclamaban: «FIDEL CASTRO MUERTO».

Sin embargo, Castro no solo no estaba muerto, sino que se mantenía incontenible, al punto de parecer incluso trastornado. Cuando él y los dos hombres que lo acompañaban volvieron a encontrarse con Raúl, que estaba con otros cuatro rebeldes, Fidel le preguntó a su hermano cuántas armas habían logrado salvar. «Cinco», respondió Raúl. A lo que Fidel replicó, exultante: «¡Y dos que tengo yo: siete! Ahora sí ganamos la guerra». Tres días más tarde, se les unieron ocho figuras harapientas más, entre las que se encontraba el Che Guevara; guiado por lo que el argentino identificó con seguridad como la Estrella Polar, este grupo había marchado hacia el sur creyendo que avanzaba hacia el este, y no se percató del error hasta dos días después, cuando se encontraron de nuevo en la costa.

El encogido grupo guerrillero se zambulló en las montañas de la sierra Maestra, donde permaneció durante los siguientes dos años, durante los que sufrieron grandes penalidades debido al clima, las enfermedades y las privaciones de todo tipo. Algunos de los reclutas locales que se sumaron a la insurgencia regresaron a sus casas después de pasar unos días en el monte. Los rebeldes realizaban ataques esporádicos contra los puestos avanzados del ejército, en los que rara vez encontraban mucha resistencia y, en cambio, les proporcionaban cierta cantidad de armas, municiones, comida y ron. La aviación de Batista los bombardeó, pero esos ataques apenas tuvieron ningún efecto. Castro comprendió que el principal reto al que se enfrentaba no era una cuestión de táctica, sino de relaciones públicas. Necesitaba mostrarle al mundo que estaba vivo y que seguía dedicado a la Revolución.